

Notas Livres

EL TURISMO DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LA CIENCIA

Francisco Muñoz de Escalona¹

Toda nuestra ciencia, comparada con la realidad, es primitiva e infantil y, sin embargo, es lo máspreciado que tenemos (Albert Einstein, 1879 – 1955).

Nadie dice nunca la última palabra. No podemos juzgar a nuestros adversarios como si nuestra propia causa estuviera identificada con la verdad absoluta (Raymond Aron, 1905 – 1983).

En Economía no hay que tener razón demasiado pronto (John K. Galbraith 1908 – 2006).

La Economía no es una doctrina, es un método (John M. Keynes 1883 – 1946).

Es bien sabido que el conocimiento del turismo, como el aportado por las demás disciplinas sociales, no cuenta para muchos con el estatus propio de la ciencia. La economía, la sociología, la antropología y todas las demás disciplinas similares son consideradas, sin embargo, por sus respectivos cultores como ciencias. Si le añadimos el calificativo de *débiles* estaremos reconociendo que se encuentran a un nivel inferior al de la física, la química, la biología o la botánica, en cuestiones tan relevantes como su metodología y la fiabilidad de sus aportaciones. Ello, sin embargo, no obsta para que

¹ Dr. en economía del turismo. Científico titular del CSIC, España (jb.) Consultor internacional. E-mail: franjomues@gmail.com

podamos asignarles a las disciplinas sociales el estatus de ciencia a los efectos de estudiarlas desde la sociología de la ciencia.

Es justo lo que tratamos de hacer en el presente trabajo con referencia a la literatura dedicada al estudio del turismo, al que se dedican cuantiosos recursos materiales y personales, pero no por mera curiosidad sino, sobre todo porque, desde el fin de la Gran Guerra viene siendo considerado como un eficaz motor desarrollo económico.

Sorprende que, como veremos más adelante, a pesar de que interesa como fuente de riqueza, su estudio se haga desde la sociología. El autor no ha constatado en la ya abrumadora bibliografía dedicada al turismo la existencia de escuelas o paradigmas. Abandonado el primitivo enfoque empresarial por gestores de empresas de alojamiento, los estudiosos se decantaron de un modo exclusivo y entusiasta por estudiarlo desde el sujeto que lo practica. *In Mittel der Man*, postularon Walter Hunziker y Kurt Krapf (1942).

Sin embargo, desde 1988, con la publicación de nuestro primer trabajo (*Economía de la producción turística. Hacia un enfoque alternativo*) podemos decir que ya existe, si bien aún en ciernes, lo que podría haber llegado a ser un nuevo paradigma si hubiera encontrado seguidores. Nos referimos al enfoque económico (microeconómico o empresarial) que inició su andadura hace ahora 30 años. A él aspira a pertenecer el autor de este ensayo. Como decimos, tiene todos los ingredientes para convertirse en un paradigma en ciernes, el cual se viene proponiendo para estudiar el turismo de forma alternativa a la sociológica, un paradigma que lo estudia, frontal y claramente, desde la microeconomía.

A pesar de que tal paradigma no es, todavía, más que una mera propuesta personal, ya ha suscitado algunas críticas, sobre todo desfavorables. Críticas, de momento, *ad hominem*, nunca, lamentablemente, razonadas. En general, ni siquiera son críticas las que viene mereciendo, pues, en general, se opta por ignorarlo. Y también por obstruir, silenciosa pero contundentemente, su eventual difusión y desarrollo. Para estudiar lo que viene aconteciendo, se expone un reciente caso a la luz de la moderna sociología de la ciencia.

EL NACIMIENTO DE LA CIENCIA

La curiosidad es una de las características del ser humano que lo distingue de los demás seres vivos. Es un lugar común atribuir a la curiosidad la aspiración a encontrar explicaciones convincentes de todo aquello que, natural o cultural, va más allá de lo evidente. Parece que fue así como surgió la ciencia. Como sostenía el astrofísico estadounidense Carl Edward Sagan (1997), “la primera virtud del hombre fue la duda...”

No obstante, el desarrollo del conocimiento científico es relativamente reciente. Merton (1970) lo sitúa en el siglo XVII, cuando, según el considerado como padre de la sociología de la ciencia, apareció la primera publicación periódica dedicada a la difusión sistemática del conocimiento basado en la observación y la experimentación, la que llevaban a cabo los llamados filósofos de la naturaleza, los físicos. Esa primera revista científica parece que fue el *Journal des Sçavans* (1665). A partir de entonces surgieron las primeras sociedades en las que se debatían públicamente los avances en el conocimiento de la realidad.

El citado Merton sostiene que el físico Robert Boyle (1627 – 1691) influyó, de forma absolutamente casual, en la sustitución del sistema de cartas hasta entonces imperante entre pensadores por documentos cuyo contenido era avalado por quienes contaban con un reconocido prestigio, los cuales refrendaban los hallazgos aportados por alguno de los miembros de la sociedad correspondiente, dándoles así el estatus social de conocimiento fiable.

Estaba naciendo la moderna institución de la ciencia y las primeras revistas científicas se convirtieron pronto en el instrumento idóneo para la transmisión periódica de los avances en el conocimiento de la realidad física. Los científicos sociales imitaron más tarde a los científicos naturales, primero de una forma mimética, hasta que se impuso la evidencia de que lo social/moral es una realidad muy diferente a la de lo físico/natural, razón por la cual, la metodología propia para conocer esta última no es aplicable a la primera. Aun así, el conocimiento de lo social, como el de lo físico, también se accede por la observación de la realidad por medio de los sentidos. Con los datos así obtenidos

(información) el investigador pasa a elaborar lo que llamamos una teoría, es decir, un conjunto organizado y coherente de ideas por medio de las cuales cree explicar lo observado.

No obstante, al hacerlo, es inevitable que el investigador se vea obligado a realizar un acto mental, consistente en distanciarse de la realidad observada habida cuenta de que se nos muestra de forma tan compleja, con tantos componentes, que debe prescindir de todos aquellos que considera, por algún motivo, secundarios. Procede, pues, a hacer una operación de abstracción de lo que cree accesorio para quedarse solo con lo que está convencido, por alguna razón, que es esencial.

Así es como llegamos a elaborar teorías científicas, un conjunto ordenado de ideas y conceptos, todos ellos abstractos, es decir, simplificados, con el que aspiramos a expresar las relaciones entre los datos empíricos obtenidos por la observación a fin de explicar (conocer) la realidad observada. ¿Con qué fin? ¿por mera curiosidad? Sin duda, puede que así fuera en el pasado lejano, pero cada vez más por necesidad, porque aspiramos a manejar la realidad para ponerla al servicio de la cobertura de nuestras necesidades.

En este proceso hacia el conocimiento se suele partir de lo que llamamos hipótesis o conjeturas, es decir, proposiciones más o menos fundadas sobre lo que queremos conocer, las cuales, a pesar de no estar confirmadas, nos sirven como apoyaturas para alcanzar, con ayuda de los fatos disponibles, la explicación convincente, y operativa, que necesitamos. El proceso es progresivo y perfeccionable. Pues toda teoría, si es científica, es falsable, y, por ende, susceptible de ser revisada o incluso sustituida por otra supuestamente mejor por contar con nuevas conjeturas y o con nuevos datos. En esto consiste la construcción del conocimiento que llamamos científico, en un conjunto de interpretaciones de la realidad que se distingue, ostensiblemente, de otras interpretaciones, las que nos revelaron los visionarios o los profetas, con las que se forma el cuerpo de creencias en el que se cimentan las sociedades precientíficas.

Terminemos esta reflexión completando la cita anterior de Sagan (1997) “... y el primer defecto (del hombre) la fe”.

LAS COMUNIDADES CIENTÍFICAS EN GENERAL

Siguiendo el pensamiento de Thomas S. Kuhn (1962), sabemos que la investigación organizada y propiamente científica sobre una materia determinada no comienza antes de que exista una comunidad científica, la cual se caracteriza por desarrollar un actividad normalizada y profesionalizada. Toda comunidad científica desarrolla su actividad combatiendo mancomunadamente las anomalías que cree encontrar en la herencia recibida. Cuando consigue madurar, toda comunidad científica consigue llevar a cabo lo que Kuhn llama “revolución”, es decir, una forma novedosa de conocer la materia investigada por medio de un desplazamiento de los problemas susceptibles de examen científico y de las normas con las cuales los miembros formulan un corpus teórico obtenido aplicando un método propio. Ofrecen así unos resultados originales y un listado de cuestiones de cara a la continuidad de la tarea investigadora. Dicha tarea constituye lo que Kuhn llama “ciencia normal”, la cual consiste en el conjunto de logros científicos que la comunidad reconoce propios.

Dichos logros son recogidos en libros, elementales o avanzados, en los que se expone el cuerpo de la teoría aceptada e ilustran sus aplicaciones enjuiciando su coherencia con los datos obtenidos por medio de observaciones y experimentos. Las publicaciones de la comunidad, a la que podemos llamar escuela, tratan de atraer a un grupo duradero de partidarios, al tiempo que los aleja de los grupos o escuelas rivales en la misma actividad científica.

La maduración de la comunidad se alcanza cuando disponen de lo que Kuhn llama un paradigma, término con el que se hace referencia al conjunto de leyes, teorías, aplicaciones e instrumentos metodológicos propios de la comunidad en cuestión. El estudio del paradigma se ofrece organizadamente a los estudiantes que optan a convertirse en miembros de la comunidad científica particular y en la aspiran a desarrollar su actividad investigadora durante el resto de su vida con estricta sujeción al mismo. Si el paradigma en cuestión tiene éxito y se mantiene en el tiempo, termina por convertirse en el fundamento de un nuevo corpus de pensamiento que puede llegar a ser

considerado ortodoxo, adquiriendo así la comunidad que lo sustenta un poder capaz de imponer sus criterios.

Si se desarrollara algún paradigma rival, o en presencia de propuestas críticas al paradigma establecido, realizadas por algún miembro de la comunidad, o por un investigador independiente, generalmente muy joven, o tan solo extraño o ajeno a la comunidad dominante, ésta utilizará el poder institucional alcanzado obstaculizando por todos los medios a su alcance, que pueden ser muchos, el desarrollo de unas propuestas tachadas de heterodoxas por adversarias de las ya consolidadas.

La ciencia es, pues, una institución social que, como tal ha sido sometida a estudios críticos. Desde que existe la sociología de la ciencia, el conocimiento científico se ve como el resultado obtenido por el trabajo de los hombres, seres falibles que, obviamente, son influidos por factores que no siempre permiten que consigan la excelencia. La ciencia es, sin duda, un producto del entorno social. Acogidos al prestigio de la ciencia siempre han surgido pseudociencias, las cuales distorsionan gravemente el conocimiento fable. Como escribe Sagan (1997),

La ciencia origina una gran sensación de prodigio. Pero la pseudo ciencia también. Las popularizaciones dispersas y deficientes de la ciencia dejan nichos ecológicos que la pseudociencia se apresura a llenar. Si se llegara a entender que cualquier afirmación de conocimiento exige las pruebas pertinentes para que sean aceptadas, no habría lugar para las pseudo ciencias.

Tampoco para las ciencias falsas como bien denunció el biólogo francés Jean Rostand (1961).

LA COMUNIDAD DE EXPERTOS EN TURISMO

Como ya hemos apuntado, los primeros estudiosos del turismo enfocaron la investigación centrándose en un tipo de empresa, la empresa que presta servicios de hospitalidad (alojamiento y refacción). Se comprende que lo hicieran así, pues es obvio que las necesidades más perentorias que sienten los turistas cuando llegan a su destino son las de restaurar fuerzas (alimentarse) y descansar (pernoctar). Sin ellas puede haber

turistas, pero con ellas su número aumentará, dos afirmaciones para cuya formulación no se precisa más que dotes de observación.

No es casual que los primeros estudiosos fueran expertos en gestión de empresas de hospitalidad. Aún hoy es un lugar común encontrar estudiosos que insisten en que, si un lugar aspira a recibir turistas, sus residentes han de ser hospitalarios, es decir, por una parte, corteses y atentos con ellos, pero, por otra, también acogedores, ofreciéndoles medios para comer y alojarse, bien como obra de misericordia, bien como servicio pagado, es decir, como negocio. De aquí que otro lugar muy trillado sea el de pregonar que el turismo es ocio, un ocio que promueve negocios.

De los planteamientos pioneros, consistentes en proponer criterios eficientes para gestionar empresas hoteleras, se fue pasando a la necesidad de cuantificar la demanda actual de tales empresas y, si es posible, prever su evolución futura de forma fiable. Pronto se desarrollaron, por tanto, los trabajos de investigación dedicados a conocer los motivos por los que se hace turismo, así como las características tanto sociales como económicas (ingresos) de los potenciales turistas. A finales del siglo XIX tal evolución en los estudios que hoy llamamos de turismo ya se había consolidado.

Si tuviéramos que fijar la fecha de nacimiento de la comunidad de estudiosos del turismo, diríamos que fue el año 1942, año en el que se publicó el manual de los suizos Hunziker y Krapf, *Gründriss der Allgemeine Fremdenverkehrslehre*, (*Fundamentos de la doctrina general del turismo*), cuya versión española se encuentra, en estos momentos, en avanzado estado de edición por el autor de este ensayo.

Como ya hemos desarrollado pormenorizadamente en ensayos anteriores al presente el paradigma turístico que desde la fecha indicada se encuentra en vigor, no vamos a insistir en ello. Bastará con repetir que desde entonces el turismo se estudia como un fenómeno social por medio de la aplicación de los métodos propios de la sociología, la psicología individual y social, la antropología y la geografía, entre otras ciencias de menor uso.

¿Se usa la economía en el estudio del turismo? Sí, pero solo se hace tratando de enumerar, y, si es posible, cuantificar, los efectos que los gastos de los turistas llevan a

cabo en los lugares visitados. La economía como método de análisis no solo no es utilizada para investigar el turismo, sino que no se considera conveniente hacerlo con su ayuda. Tan tajante objeción se basa en que lo económico no es más que una faceta de lo turístico y no la más importante. Los suizos antes citados sostuvieron en la obra publicada en 1942 que el estudio del turismo está entre la sociología y la economía, pero más cerca de la primera que de la segunda. De tener que encasillarlo, los suizos citados estaban convencidos de que el estudio del turismo forma parte de la sociología de la cultura, conclusión a la que llegaron porque, en sus tiempos, el afán de conocer los monumentos de la antigüedad era el principal motivo de los turistas. Se comprende que los estudiosos del turismo que se atienen a las enseñanzas que se iniciaron en 1942 rechacen una disciplina que, como la economía, está más cerca de la satisfacción de las necesidades materiales, consideradas inferiores que de las culturales, tenidas estas por más dignas y elevadas.

Hasta el punto de que, si se propone el análisis económico como hace el autor de este ensayo, los que se enmarcan en el paradigma convencional se le tache de heterodoxo y, por ende, se le trate de impedir la publicación de sus artículos y libros, no se financien sus iniciativas congresuales y se evite siempre que es posible que los estudiantes de los centros de enseñanza tengan acceso a sus propuestas.

Se incluyen a continuación dos textos con los que quedan expuestas de forma contundente las reacciones que se han venido produciendo como consecuencia de la actividad investigadora del autor en materia de turismo.

HAY EXPERTOS EN TURISMO QUE SON ECONOMISTAS, PERO NO EJERCEN: LO INVESTIGAN Y ENSEÑAN COMO SOCIÓLOGOS

El texto que sigue a continuación, ya publicado, pone de manifiesto los avatares vividos por el autor por haber sostenido que el turismo, además de ser un fenómeno social, también puede ser visto como un producto perfectamente identificado y, por tanto, investigado aplicando el análisis microeconómico.

Se trata de dos capítulos del libro “Removiendo las estancadas aguas del turismo” (2011): los capítulos 16 y 17.

- *Capítulo 16.*
- *El turismo es un servicio que se produce con servicios que no son turismo*

No hago esta rotunda afirmación para que se escandalicen y se rasguen las vestiduras. Si alguno lo hace será porque no han leído mis anteriores columnas.

No digo que no sea científica en absoluto la literatura del turismo al uso, porque atisbos de ciencia muestra. El problema es que la doctrina que ofrece a sus seguidores (alumnos, investigadores, inversores públicos y privados) es un gigante con los pies de barro. ¿Que por qué? Pues muy sencillo, porque, al no explicitar correctamente su enfoque, deambula erráticamente de uno a otro y de un método al siguiente ofreciendo un corpus de explicaciones lleno de gangas que no sólo oscurecen la realidad estudiada, sino que, y esto es lo peor, entorpecen en la práctica de los negocios la necesaria y deseable asignación óptima de recursos, la única que garantiza la rentabilidad empresarial y también la económica.

Volviendo a la línea de razonamiento basada en el postulado que vengo formulando basado en la observación de la realidad, el que propone identificar objetivamente el turismo como un plan de desplazamiento circular, debo repetir la afirmación con la que titulo esta columna y que ya hice en un capítulo anterior:

el turismo es un producto (un servicio) que se produce con otros productos (servicios) que no son turísticos.

Admito que puede haber lectores que se escandalicen al leer lo que acabo de escribir, pero si hago esta contundente y rotunda afirmación es por dos razones. En primer lugar, porque, al concebir el turismo como un producto objetivamente diferenciado, nos pone en la pista para verlo como cualquier otro producto y que, como ellos, se produce con otros productos. Y, en segundo lugar, porque si se produce con otros productos, los que la doctrina convencional tiene por ser turísticos, decir que no lo son tiene tanto de verdad como de provocación para los turisperitos más doctrinarios.

El turismo, expresión abreviada de plan de desplazamiento circular (etimológicamente turístico), se viene elaborando desde que existen desplazamientos circulares, los cuales existen desde que existen sociedades sedentarias con cierto desarrollo urbano. Un plan de desplazamiento turístico es el que responde a lo que he llamado esquema técnico de desplazamiento circular o turístico (ETDC, o ETDT, como más guste) en el que quien lo elabora tiene que dar valor a las siguientes variables:

1. la necesidad a satisfacer fuera del entorno habitual y del lugar en el que se encuentra el satisfactor correspondiente
2. la fecha de salida o inicio del desplazamiento en sentido de ida
3. la fecha de regreso o inicio del desplazamiento en el sentido contrario (ambas fechas determinan automáticamente la duración de la estancia/ausencia)
4. el itinerario existente o selección su selección si es que hay diferentes itinerarios posibles de origen a destino
5. el medio de transporte a utilizar tanto para la ida como para el regreso, o selección de medios si se impone utilizar más de uno o existen medios alternativos.
6. el medio o los medios hospitalarios (dónde dormir y dónde comer) a utilizar tanto en los lugares intermedios como en el destino fijado
7. la estimación de los medios materiales o monetarios necesarios para la realización del plan de desplazamiento turístico; o lo que es lo mismo: el coste/precio del turismo.

En la columna siguiente seguiré exponiendo el razonamiento basado en este postulado, siempre a la luz del análisis microeconómico, el único, repito, que aún no ha sido aplicado para responder a la dizque compleja cuestión del turismo y el único que, de paso, resuelve la confusión que lastra la literatura disponible. Insisto en afirmar que la visión convencional o fenoménica, la que lo conceptúa desde el turista, es idónea para analizarlo con la metodología propia de cualquier ciencia social consolidada con excepción del análisis microeconómico. La razón es muy sencilla: la microeconomía solo puede aplicarse al análisis de una actividad productiva perfectamente identificada objetivamente en sí misma, así como el producto (output) resultante y la empresa que lo

elabora. Justo esto es lo que no aporta la visión convencional, la cual lleva a ver el turismo, la mal llamada industria turística, como un heterogéneo conjunto de actividades, es decir, como una “economía en pequeño” según Manuel Figuerola, con acierto, es verdad, pero sin detenerse desarrollar como debía haber hecho su aserto. Es obvio que si lo hubiera hecho se habría adelantado un quinquenio a la visión que yo propongo desde 1988.

Esta necesidad de precisión, de la que carece la visión convencional del turismo, es la que impide que se estudie mediante el uso del análisis microeconómico.

Ya en los años treinta del siglo pasado aconsejaba Michel Troisi, profesor de la Universidad de Bari (Italia), que debemos procurar utilizar denodadamente términos precisos en las investigaciones del turismo. Digamos que por términos precisos hay que entender lo que entiende Karl R. Popper: términos que prohíben todos los significados menos uno.

Llegué a formular el postulado observando la realidad desde la conducta del que siente la necesidad de hacer un desplazamiento turístico para satisfacer la necesidad que exige desplazarse. Pero a esa misma evidencia habría llegado observando su conducta en el lugar al que tuvo que desplazarse. Me explicaré con un ejemplo:

Si preguntáramos a cualquier persona cuales son los productos que consume quien acude a comer a un restaurante seguro que respondería enumerándolos: lechuga, lentejas, carne y fruta. Pero si la pregunta se la hacemos a un (micro) economista seguro que responderá que consume un menú porque tiene muy claro que los productos citados no los consume el cliente sino el restaurante.

De modo similar, si preguntamos a un turisperito qué consume un turista responderá sin pestañear: un medio de transporte de larga distancia, un transfer, una habitación de hotel, servicios de gastronomía, servicios de guía y entradas a los museos. Pero si le hacemos la misma pregunta a un (micro) economista dirá que lo que consume un turista es un programa de estancia o visita. Es la empresa turística la que consume servicios de transporte, de hospitalidad, de guías, etc.

Dicho esto, debo hacer una aclaración para turisperitos: no todos los turistas compran el turismo que consumen. En estos casos la microeconomía se ve forzada a tratar

su consumo de servicios de transporte, hospitalidad, etc. como demanda final, aunque pueda hacerse la ficción de que consumen el programa de visita que ellos mismos elaboraron (autoproducción). Solo en los casos de alteroproducción tiene entidad decir que el turista consume realmente un programa de estancia elaborado con factores de producción cuya demanda es intermedia.

Podrá argüirse que mientras sea hegemónica la autoproducción carece de significación la visión del turismo como producción de planes de desplazamiento circular. Y es cierto. Pero cabe argumentar que es evidente que la dinámica empresarial del turismo está apuntando cada vez más a la producción de programas de visita o estancia con fines de lucro. Basta observar lo que están haciendo los hoteles más innovadores. Con ello están haciendo realidad la afirmación de Ives Tinard de que cuando cualquier eslabón de lo que llama “cadena turística” madura se transforma en un turoperador, es decir, en un fabricante de turismo, concebido como un programa de estancia o visita.

¿Que la solución que propongo a la cuestión del turismo es muy simplista? Por supuesto. Es simplicísima. Pero la ciencia está llena de soluciones simples que resolvieron grandes problemas abriendo con ello nuevos rumbos al conocimiento y la técnica. Ahora, así, a bote pronto, pienso en la simplista aportación del pitagórico Arquitas al desarrollo de la aritmética: el sorprendente hallazgo del número 1 con el significado de cantidad. Hasta entonces uno solo significaba existencia. No creo que sea necesario decir que es evidente que sin el 1 no podría existir la aritmética.

- *Capítulo 17.*
- *El turismo y los economistas*

Hay quien cree que para ser economista basta con estudiar Ciencias económicas en cualquiera de las incontables facultades de la cosa que existen por el ancho mundo, especialmente en España. No obstante, yo estoy convencido de que esa es una condición que podría ser necesaria, sí, pero no siempre es suficiente.

Entre los economistas titulados, viene al caso diferenciar entre los que saben de turismo y los que no saben más de lo que sabe cualquiera de esa, dizque importante, ciencia moderna que se llama turismo. De los segundos nada voy a decir, me voy a limitar

a los primeros. Y lo primero que voy a decir de los primeros es que tienen a gala saber de turismo, pero sin desviarse un ápice de lo que saben los demás incontables titulados que tienen a gala saber de turismo. Todos ellos, los economistas y los que no lo son, sostienen encantados y sin desmelenarse que el turismo es un moderno fenómeno social importantísimo especialmente complejo y que por ello su adecuado conocimiento integral se resiste a la aplicación de una sola disciplina científica en aislado, pero sobre todo si esa disciplina es la economía. Es más, incluso se ha llegado a decir que la economía obstaculiza el pleno conocimiento del turismo. ¿Por qué?, cabe preguntarse. Pues muy sencillo: porque, como se da por sabido, la economía es una ciencia hartamente limitada y sobradamente alicorta, la cual en el turismo no va más allá de las prosaicas e interesadas relaciones que se dan entre los consumidores de un lugar y los productores de otro, los primeros llevados por la insoportable maximización de su satisfacción, y los segundos por la vergonzante maximización de sus beneficios. Vamos, que la economía no ve más allá de las narices de unos y de las antiparras de otros y que por ello olvida las verdaderas esencias del turismo, esa ciencia que estudia una industria sin duda excelsa, la que, como ya pontificaron los eximios suizos Hunziker y Krapf, está plenamente del lado del hombre, pero no del hombre en cuanto consumidor y productor, no, ¡qué vulgaridad!, sino del hombre en toda su inmensa e inefable integridad.

Creen, pues, los economistas que saben de turismo, como todos los que se jactan de saber de turismo, que estudiar el turismo desde la economía lleva a un deleznable economicismo, un peligro que hay que evitar a toda costa y cueste lo que cueste si queremos aspirar a su perfecto y adecuado conocimiento. Lo cual no quiere decir que haya que evitar hablar de las curvas de oferta y demanda, o del mercado, o del producto y de los productos turísticos, ¡qué va! De eso no solo hablan los economistas que saben de turismo, sino también los geógrafos, los sociólogos, los ambientalistas y los antropólogos que también saben de turismo. Lo que pasa es que hay que hablar de esas cosas tan como de puntillas y respetando muy cuidadosamente la indubitada e indubitable especificidad del turismo, algo que nunca debe cuestionarse so pena de caer en el grupo de los economistas que no saben de turismo y osan hablar de turismo, incluso, ¡oh supremo

atreimiento!, a escribir sobre turismo. ¡Y hasta ahí se podía llegar! Concretamente, a quien esto escribe, como aviso a navegantes, se le ha acusado (hace poco aquí, en el blog) nada menos que de atreverse a escribir de turismo sin exhibir la titulación que le faculta debidamente para hacerlo.

Voy a comentar a continuación una obra que refleja la postura de los economistas que saben de turismo para ejemplificar su actitud con respecto a la aplicación de la economía al estudio del turismo. Se trata de la obra de dos economistas españoles que sin duda saben de turismo, además de ser excelentes economistas. Uno de ellos, el primero, fue rector magnífico de la Universidad de Alicante y, el otro, es hoy director del prestigioso Instituto Nacional de Turismo. La obra se publicó en 1996 por la Editorial Civitas y se titula *Introducción a la economía del turismo en España*. Sus autores son los doctores Andrés Sánchez Pedreño, director, y Vicente M. Monfort, coordinador. La obra fue y sigue siendo una obra de referencia.

El capítulo I de la obra citada lo escribe Andrés Sánchez Pedreño y se titula, muy significativamente, *El turismo en el análisis económico*. En él, el autor reconoce la necesidad de “integrar el turismo de manera específica dentro de la disciplina metodológica del análisis económico” porque “sus peculiaridades [sic] nos obligan a otorgarle un status especial [sic] por sus características propias como actividad económica singular diferenciada [sic]”,

El prof. Sánchez Pedreño se muestra convencido de que

si las actividades productivas como son la agricultura y la industria transformadora han recibido un tratamiento pormenorizado dentro de la teoría económica y la economía aplicada como ramas de las ciencias económicas, también es de razón otorgar ese nivel académico al estudio del turismo como actividad creadora de riqueza, objetivo último del análisis teórico en este campo científico.

No creo que haya economista que no suscriba plenamente tan atinadas palabras. Pero el prof. S. Pedreño añade a renglón seguido:

Si tratáramos de extrapolar, sin más, el esquema analítico de un manual introductorio de economía a este bien económico [sic] llamado turismo, el servicio turístico [sic], nos encontraríamos probablemente [sic] con limitaciones importantes, sesgos relevantes y aplicaciones no del todo correctas.

Traduciendo al román paladino: Según don Andrés, si bien es de razón estudiar el turismo aplicando el análisis económico, eso no es plenamente aconsejable. ¿Por qué? Pues porque, según Don Andrés, el método (económico) tiene importantes limitaciones para estudiar el turismo, y, por ello, si no obstante lo hacemos, obtendremos formulaciones incorrectas.

Así: ni más ni menos así. Cabe preguntarse por qué Don Andrés dirige una obra como ésta, titulada nada menos que *Introducción a la economía del turismo*. No se entiende bien que, en ella, don Andrés recomiende la “necesidad de integrar el turismo (...) en la disciplina económica” por muy específica que hagamos esa integración, habida cuenta de las limitaciones que, como él mismo reconoce, dicha aplicación comporta.

De acuerdo con lo dicho, el prof. Sánchez Pedreño se muestra partidario de “adaptar los modelos teóricos formales [sic] y limitar las recomendaciones prácticas del análisis económico convencional [sic] en función de aquellas singularidades [sic] que condicionan las previsibles conclusiones que se obtendrían del estudio concreto sobre un sector de los servicios como el turismo”.

De aquí a decir que el turismo se debe estudiar aplicando el análisis económico siempre y cuando se tenga sumo cuidado de hacerlo con sumo cuidado no vaya a ser que el método se aplique con todas sus consecuencias no hay más que un paso.

El dr. Sánchez Pedreño justifica esta singular forma de estudiar el turismo por medio del análisis económico, como nos temíamos, en que “hay que aceptar el elevado componente interdisciplinar que afecta al conocimiento del complejo [sic] fenómeno turístico. La eliminación o la simplificación de todos aquellos factores que, formando parte del bien ‘turismo’, aun siendo ajenos al objeto primario del análisis económico [sic], tengan relevancia en otras disciplinas científicas, puede distorsionar en buen grado las conclusiones y las sugerencias que se analizan desde una óptica meramente economicista”.

Tengo a los economistas Sánchez Pedreño y Monfort como dos muy buenos economistas, pero como muy buenos economistas del grupo que saben de turismo, y, por ello, se pronuncian sobre el turismo con esa especie de pudor, como si no fueran economistas, formulando sus apreciaciones con un tacto incomprensible en quienes son economistas tanto por titulación como por dedicación. Ni siquiera se plantean la posibilidad de que el turismo sea visto y tratado como lo que es y reconocen, es decir, como una actividad productiva generadora de riqueza, y que, por ello, es plenamente susceptible de ser sometido al análisis económico sin falsos pudores de que termine llevando a conclusiones que no encajen con las conclusiones que se obtienen cuando se aplica la metodología de las demás ciencias sociales.

Me gustaría convencer a los economistas de la necesidad imperiosa que tiene el turismo de ser estudiado como una única productiva objetivamente identificada y obviamente diferenciada de las demás actividades productivas: en función del producto resultante de dicha actividad. Un producto que, para mí, como se sabe, es el plan de desplazamiento turístico o programa de estancia o visita. Las demás ciencias sociales están en su perfecto derecho de estudiar el turismo de acuerdo con sus métodos y sus objetivos. A la economía hay que reconocerle ese mismo derecho, y antes que por los demás por los mismos economistas. De las aportaciones de todas las ciencias, sin interferencias de unas en otras, depende que el turismo sea mejor conocido y mejor manejado de cara a los legítimos intereses de los diferentes investigadores y de la sociedad a la que sirven.

Quisiera terminar esta columna agradeciendo a Don Andrés Sánchez Pedreño el muy positivo reconocimiento que, en la obra citada, hace de mi tesis doctoral, *Crítica de la economía turística: enfoque de oferta versus enfoque de demanda* (leída en julio de 1991 en la Universidad Complutense de Madrid). Puede consultarse en www.eumed.net) situándola entre las tres mejores tesis doctorales de turismo del siglo XX en España. A algunos les parecerá muy dura mi crítica, pero en mi descargo diré que lo cortés no quita lo valiente. La valoración de mi tesis por el profesor Sánchez Pedreño contrasta con la de otro profesor, don José María Marín Quemada, miembro a la sazón del tribunal que

enjuició mi tesis y reconocido especialista ¡en economía de la energía! Don José María, uno de esos economistas que no sabe de turismo, rehusó firmar el acta por lo que la calificación se quedó en apto cum laude por mayoría. En el ágape al que el doctorando invita a los miembros del tribunal y al director de la tesis, todos ellos economistas de los que no saben de turismo, el prof. Marín Quemada me comunicó su decisión de no firmar el acta. Yo le respondí:

“Pues ha hecho usted muy bien, don José. Así podrá quedar así a salvo el prestigio de esta universidad en el caso de que pudiera demostrarse su falsedad”.

Lo cual quería significar, también, que, en caso contrario, sería él quien no pondría a salvo el suyo.

Se van a cumplir este año dos décadas de aquella fecha, y, si bien es verdad que mi tesis no ha sido aun plenamente reconocida, cada día estoy más convencido de que puso sobre la mesa de discusión sobre las graves anomalías a las que lleva la visión convencional, y una sólida propuesta para hacer del turismo una rama de la economía aplicada, comparable a las demás. Los economistas de todas las especialidades que saben de turismo vienen ninguneando mi propuesta negándose así, torpemente, al urgente debate que está necesitando el turismo, pero el tiempo pasa, y lo está haciendo a favor mi análisis.

Procede terminar estos recuerdos manifestando que el autor no consigue comprender cómo hay estudiosos del turismo que, siendo economistas, no se han percatado a estas alturas de que, si lo estudian de acuerdo con el enfoque de demanda o sociológico, no deberían aplicar a su estudio el análisis económico. El caso de Manuel Figuerola (1985) lo demuestra de un modo contundente. Este destacado turisperito español es doctor en economía. En su tesis doctoral, publicada bajo el engañoso título de “Teoría económica del turismo”, obra que no debería ser considerada como teoría económica, afirma sin pestañear que “no hay ningún producto que objetivamente pueda ser considerado como turístico, y que, de haber alguno sería el souvenir”. La frase revela que el dr. Figuerola aborda el estudio del turismo de acuerdo con el enfoque sociológico propio de la doctrina convencional, es decir, desde el turista. No cabe duda de que desde

tal sujeto no es posible identificar ningún producto como *objetivamente* turístico. Pero siendo esto así, ¿cómo todo un doctor en economía titula su obra *teoría económica* del turismo cuando lo que aplica es el análisis sociológico? Debería haberse dado cuenta de que sin identificar un producto como turístico no es posible ver el turismo desde la economía. Porque si no existe ningún producto que sea turístico no es posible estudiar el turismo desde la economía.

EVALUACIÓN DE UN EXPERTO CONVENCIONAL PREVIA A LA PUBLICACIÓN DE UN ENSAYO EN UNA REVISTA ESPECIALIZADA. UN CASO PARADIGMÁTICO

Incluyo en su integridad el texto enviado por el evaluador a una revista especializada en temas turísticos a la que el autor había enviado un artículo para su eventual publicación. El evaluador recomendó que no fuera publicado. Por la extrema virulencia de sus argumentos se puede colegir que se trate de un turisperito para el que el autor del artículo es conocido o que, al menos, conoce algunas de sus publicaciones de cuyos planteamientos disiente. No hay que descartar que el evaluador conozca personalmente al autor y que ambos hayan mantenido alguna agria discusión. Y que el evaluador haya aprovechado la oportunidad para vengarse por las críticas del autor a algunos de sus publicaciones. No de otra forma puede explicarse su total y absoluto rechazo, su acerba crítica al artículo evaluado incluido el autor. No hay en su crítica ni el más mínimo reconocimiento de algún acierto, lo cual hace escudándose en el anonimato propio del método de evaluación denominado “ciego”.

A continuación, se incluye el texto del evaluador con las puntualizaciones en cursiva que el autor se permite la libertad de hacer. Pero antes veamos el resumen de su evaluación acorde con el método recomendado por la revista.

Evaluación según el formulario de la revista

- ✓ Niveles a considerar: Alto – Medio – Bajo
- Interés, pertinencia académica e importancia del tema: No consta

- Originalidad del artículo propuesto: Bajo
 - Marco conceptual: Bajo
 - Rigor metodológico: Bajo
 - Coherencia en el desarrollo, estructura y presentación del tema: Bajo
 - Resultados coherentes en relación con la metodología y los objetivos planteados: No consta
 - Calidad y claridad en la redacción y aspectos formales de presentación: Bajo
 - Extensión del artículo adecuada en relación con los objetivos propuestos: Medio
 - Bibliografía pertinente, actualizada y suficiente: Bajo
 - Cuenta con resumen y palabras clave y estos son coherentes con el contenido: Medio
 - Adecuado en relación con la revista: Bajo
 - Evaluación general del artículo: Bajo
- ✓ Concepto final sobre el artículo: No se recomienda para su publicación
(¿Cabe un rechazo más absoluto a la vez que personal, negativo y violento? Es obvio que pudiera tratarse de algún colega, conocido o amigo cuyas ideas hayan sido acerbamente criticadas por el autor. Solo así se entiende lo que más que evaluación es una condenación).
- Véase si no la justificación que aporta en el formulario:
- ✓ Por favor sustente su concepto:
- Evaluador. - Este texto tiene una serie interminable de carencias, comenzando por la más elemental la falta de criterio la humildad.
- Autor. - *Es posible que el autor peque de falta de humildad. Si así puede verse debe pedir perdón por su pecado.*

E.- Es una especie de monumento al auto elogio, donde todo lo que se ha hecho está mal, esto es inaceptable en el mundo académico donde disentir es fundamental, pero respetar todas las ideas lo, es más.

A.- *El autor reconoce que algunos de sus lectores pueden pensar lo mismo, pero la labor de la crítica no tiene por qué ser piadosa. En cuanto al auto elogio considera que tal defecto puede verse como tal por quien cultiva el paradigma convencional*

E.- La bibliografía sin excepción es de comienzo del turismo de masas situación muy diferente a la actual.

A.- *Aunque la bibliografía aportada no sea muy actual, el autor podría retar al evaluador a que proponga otra más actual en la que se utilice un paradigma radicalmente distinto.*

E.- Esto lleva a expresar: “De aquí que la literatura acumulada durante cerca de ciento cincuenta años adolezca de graves anomalías, aunque bien enmascaradas por una terminología formalmente académica tomada de las ciencias citadas.”, la única verdad es la del autor, todos estamos errados.

A.- *¿No es una anomalía hablar de productos turísticos sin poder identificarlos objetivamente sino solo en función de quién sea el consumidor? Podría enumerar más anomalías, entre ellas la de sostener que existe UNA industria turística a pesar de que se trate de un heterogéneo conjunto de componentes indeterminados.*

E.- Este es un enfoque neoliberal, ya que reduce al turismo de un fenómeno social a uno económico, siendo por ello una lectura superficial del turismo ya que el paradigma moderno no puede dejar atrás a la sociedad de acogida y los impactos del turismo.

A.- *¿Neoliberal? ¿por qué? ¿porque el autor sostiene que, si el turista es un consumidor como insisten los expertos “científicos”, lo que consume es una mercancía perfectamente identificada y adquirida en el mercado siempre que él no la haya producido? ¿Es el evaluador marxista?*

E.- La cadena de soberbia sigue así: “las anomalías que lastran su conocimiento se deben a que los primeros investigadores del turismo, los que con Popper (2005) podemos

llamar aficionados, no se hicieron la pregunta y dieron por buena la respuesta que le dieron los hablantes.

A.- *Es cómico que quien tilda al autor de poco humilde califique de soberbios sus razonamientos críticos con las propuestas del paradigma convencional. El autor insiste de forma contundente en que los estudiosos que aceptan el paradigma convencional utilizan (¿inconscientemente?) la noción vulgar del turismo propia de los hablantes. En cuanto a llamar aficionados a los primeros estudiosos es algo que no es negativo. Se basa en reconocer que no eran más que gestores hoteleros.*

E.- A lo que se suma una curiosa conclusión:” el turismo existe en tanto es admitido, primero en el lenguaje ordinario, en el académico después, y, finalmente, en el empresarial”. De allá pasa al origen de la OMT cuyos antecedentes a principio del siglo XX fue la Aiest, de este análisis histórico concluye que, “Obviamente, después de lo expuesto, no cabe otra conclusión que la de reconocer palmariamente que el turismo existe y que, obviamente, procura hacerse notar en el mundo de la realidad”.

A.- *Se le escapa al autor la eventual oportunidad de este comentario y, sobre todo, su esperada profundidad.*

E.- Pasa a analizar la historia del transporte, y al final comienza a cerrar con una afirmación, de que el sujeto al armar su plan de viaje genera un producto (hoy la gran mayoría compra paquetes por internet).

A.- *Referirse a los avances del transporte viene justificado hasta por el uso por los hablantes alemanes de la voz *Verkehr*, vencimiento de la distancia, voz que, unida a *Fremden*, forma una voz nueva, *Fremdenverkehr*, turismo en alemán. Son turistas los forasteros/pasajeros, los que logran vencer la distancia por las continuas mejoras en los medios de transporte. También por las mejoras en los servicios de hospitalidad. Sí, el turismo, al que el evaluador llama ‘paquetes’, se vende y se compra por internet, pero sorprende que se le pasa lo evidente, que eso que él llama ‘paquetes’ porque aún no dispone de una denominación adecuada, lo fabrican técnicos especializados, los que, aunque, a él no le guste, son ingenieros de turismo, aún no llamados así por no existir titulación académica. Saben ensamblar servicios según un diseño y un plan previos en respuesta a la demanda.*

E.- Pero su visión muy particular, explica en el texto la manda a la revista Pasos y no fue aceptada por lo que descalifica a estos también.

A.- *El autor aprovecha la oportunidad para agradecer muy sinceramente, con la misma sinceridad con la que le rebate otras afirmaciones, haber hecho este comentario. Porque el artículo citado no fue rechazado por la revista Pasos por su contenido sino porque, lamentablemente, el autor cometió el grave error de enviárselo cuando ya había sido publicado por otra revista.*

E.- Esta es la conclusión: “El turismo debe ser estudiado como una actividad productiva específica y singular. Como tal debe ser investigado utilizando la metodología propia de la microeconomía en general y del análisis de inversiones en particular”, algo lógico para ciertos estudios, pero no una norma general para todos.

A.- *En efecto, así es. El autor sigue y seguirá sosteniendo con la fuerza que le confiere la razón y la evidencia, que el turismo, además de ser estudiado como se estudia habitualmente, como fenómeno social, puede, debe, ser estudiado, también, como una actividad productiva similar a cualquier otra. ¿No lo admite así el evaluador? ¿Es eso atribuible a su pertenencia a una comunidad marcada por la ortodoxia hasta el punto de rozar la intransigencia propia de lo dogmático? Porque el autor no rechaza que el turismo sea estudiado como fenómeno social. Prefiere estudiarlo como aún no se estudia, como una actividad productiva específica, pero, insiste, no se opone, por qué y para qué iba a hacerlo. Pero nadie le ha demostrado todavía que sus planteamientos no podrían mejorar el negocio del turismo.*

E.- A esto le agrega que, “igualmente aparecerían centros de investigación y formación en una especialidad original y nueva: ¿la ingeniería del turismo”?

A.- *Pues es así. Pese a quien pese y sea o no así visto por los incapaces de observar con atención la realidad. Sería la profesión que pondría el turismo al mismo nivel que todos aquellos productos que dejaron de ser producidos por los consumidores para ser producidos por los industriales, un cambio que supondrá conseguir productos de más calidad y de menor coste.*

E.- Y concluye todo afirmando que, “El futuro del turismo queda así abierto y, por ello, superada la etapa precientífica y pretecnológica existente en estos momentos.

A.- *El autor admite que la frase es desafortunada. Debe rectificar diciendo que, con su propuesta, queda abierta una nueva forma de ver el negocio turístico, una forma que podría ser desarrollada en paralelo con la convencional, a la que no debería haberla calificado de precientífica, sino de ser tratada con una mezcla poco adecuada de disciplinas, lo que le lleva a adoptar conceptos poco claros, como el de producto turístico, por ejemplo.*

E.- Los comentarios son obvios, esto no llega a ser un artículo científico, ni de reflexión, es un monumento al auto elogio, algo fuera de lugar en una revista científica, por lo cual mi opinión es que no puede ser aceptado.

A.- *De acuerdo con esta conclusión, la revista reusó publicar el artículo, un artículo que, solo a un pretencioso ortodoxo autoconvencido de las indudables excelencias del paradigma que con tanto convencimiento cultiva, puede no parecerle científico. Quien así ha aconsejado se ha comportado como se espera que se comporte quien teme que avance el conocimiento al margen de sus planteamientos de grupo.*

La mera lectura de las alegaciones del evaluador es harto expresiva de que sus razones responden a la ultra defensa del paradigma ortodoxo al que el evaluador pertenece trufada de animadversión personal. Da la impresión de que el evaluador desconoce que en la historia del pensamiento hay casos de críticas tan demoledoras, incluso más, como las que el autor viene haciendo de la doctrina convencional del turismo desde hace tres décadas. Me viene a la memoria la feroz crítica que hizo Carlos Marx de la obra de Pierre-Joseph Proudhon (1809 – 1865) *Système de contradiction ou Filosofía de la miseria* (1846) en *Miseria de la filosofía* (1947). Ambos mantuvieron relaciones amistosas e ideológicas. Pero, a partir de 1846, después de intercambiar cartas, esas relaciones quedaron rotas.

Proudhon escribió a Marx en la fecha citada instándole a respetar todas las opiniones. Hagámonos, le dice, “*una buena y leal polémica; demos al mundo ejemplo de una tolerancia sabia y previsoras; pero, por estar a la cabeza del movimiento, no nos hagamos los jefes de una nueva intolerancia*”. (ver Apéndice, de la edición de José Aricó de Marx, 1981).

Pero Marx no respondió a tan amistosa invitación y acusó de ignorante a Proudhon por tratar de explicar el valor de cambio recurriendo a banalidades, las cuales reprodujo para que los lectores puedan comprender “sus misterios” [sic] ¿Cabe crítica más demoledora? Sí. Marx acusa a Proudhon de tener más capacidad para la retórica que para la lógica”. Pero no se queda ahí. Más adelante le acusa de “*practicar una abstracción hueca*” y de atribuir a sus conceptos “*cualidades puramente metafísicas*”. Pues estas críticas, muchas de ellas tan excesivas como injustificadas, las hizo el gran Marx, el mismo que criticó la extrema mercantilización que rechaza el evaluador.

Pero la saga no terminó aquí ya que Karl R. Popper critica al Marx que crítico de Proudhon de una forma aún más dura, aunque justificada, en *La miseria del historicismo* (1961), en la que refuta de forma contundente la teoría marxiana que sostiene que la evolución humana puede ser objeto de predicción mediante el descubrimiento de los ritos, modelos, leyes o tendencias que supuestamente gobernarían su curso. Popper califica la obra de Marx de miseria científica. Conviene recordar estos hitos de la crítica científica que el evaluador o no recuerda o desconoce, Las críticas, incluso acerbadas, no son infrecuentes en la historia del pensamiento científico.

Muchos otros casos de crítica se podrían citar. Por ejemplo, la que formuló Jonh M. Keynes a todo el corpus de la economía clásica desde Adam Smith a su contemporáneo Pigou. O la que hizo John K. Galbraith a Thorstein Veblen, autor de una obra tan famosa y admitida como *Teoría de la clase ociosa*. Es obvio que sin crítica no podría avanzar el conocimiento científico.

Todo apunta a que el evaluador de nuestro ensayo ignora que la ciencia avanza gracias a la crítica, que la ciencia es un repertorio de verdades falsables, que solo perduran mientras no hayan sido falsadas. Incluso que solo merecen ser tenidas como científicas las formulaciones falsables.

Como el lector se habrá percatado, el autor ha prescindido de citar el título del artículo evaluado y la denominación de la revista a la que él propuso su publicación, revista que, conviene decirlo, ya había publicado otros artículos del autor. Ni lo uno ni lo otro son datos a tener en cuenta a los efectos del desarrollo de lo que se propone

manifestar. Pero sí debe aclararse que el artículo evaluado desarrolla la evolución del conocimiento del turismo desde fines del siglo XIX y cómo se fue consolidando como un corpus multidisciplinar, al que algunos califican, también y sorprendentemente, como transdisciplinar (?), pero que, sin la menor sombra de duda, responde a un tratamiento sociológico, si bien trufado de innecesarias incursiones en el uso de una terminología que, siendo propia de la economía, y al no ser coherente con el análisis económico, conduce a formulaciones confusas y, sobre todo, anómalas.

Pues bien, el autor, expuesto lo que antecede, y considerando que el conocimiento del turismo está motivado, no solo por su interés sociológico sino, también, por su función como actividad económica, propone desde hace 30 años que la investigación lo tenga en cuenta de cara a un conocimiento integrado del objeto de estudio y que su enseñanza aspire a la más completa y adecuada preparación de los profesionales que trabajan en esta actividad, una actividad que es social, sí, pero también, no se olvide, claramente económica.

Añadiremos que, como consecuencia del enfoque económico-empresarial que propugna el autor, queda resulta la incapacidad del enfoque sociológico convencional a la hora de identificar el producto al que poder llamar *turístico* y, por tanto, la empresa *turística*. ¿Es que los expertos que avalan la doctrina sociológica no pueden seguir investigando la realidad del turismo porque se hayan conseguido identificar un solo producto y una sola empresa acabando con la indefinición secular de uno y otra?

CASI UNAS CONCLUSIONES

El mundo, no cabe duda, es una soberbia construcción mental. La ciencia, también. Una construcción mental y, por ende, también social. En función de esa doble condición, el mundo y la ciencia son realidades susceptibles de críticas. A esta contundente convicción se ha llegado no hace mucho gracias a las nuevas hornadas de historiadores y estudiosos, los cuales, con sus trabajos han logrado que tanto el mundo como la ciencia pierdan en el prestigio intocable que tuvieron lo que ganan en una progresiva mejora.

Gracias a esos trabajos, hoy se admite sin remilgos que la ciencia es falible, que sus aportes son, por naturaleza, cuestionables y, por consiguiente, permanentemente provisionales. Son carne de crítica, de sempiterno debate. Acierta Sagan (1997) al decir que la primera virtud del hombre es la duda y su primer defecto la fe. Porque gracias a la duda podemos criticar la herencia científica recibida y proceder a mejorarla, pero que, por culpa de la fe, la aceptación acrítica de esa herencia queda en suspenso.

Las comunidades científicas se basan en la aceptación de un paradigma nuclear, el que todos sus miembros reciben a través de las publicaciones y los centros de investigación y formación que detentan con los que garantizan su existencia y su futuro. Merton (1949) puso de manifiesto que toda comunidad científica dispone de recompensas con las que se premia y remunera la docilidad de sus miembros. A la vez, también ejercen su poder institucional por medio de eficaces métodos de lucha contra quienes se desvían de sus postulados. En sus centros de enseñanza anida la endogamia por cooptación del profesorado. Lo mismo hacen las empresas editoriales publicando los trabajos de los adictos y no publicando los de los no adictos. Algo similar acontece con la organización de eventos científicos, habitualmente financiados por aquellos sectores empresariales y gubernamentales interesados en los aportes de los organizadores.

El modelo está implantado, por sistema, en las comunidades científicas existentes. También en el de la comunidad de expertos en turismo, los que se consideran a sí mismo científicos. A destacar la Asociación Internacional de Expertos Científicos en Turismo, la AIEST, con sede en Saint Gallen, Berna, Suiza, fundada por los citados Hunziker y Krapf en los años cuarenta del siglo pasado y con filiales en casi todos los países del mundo. Destacable igualmente es la Organización Mundial del Turismo (OMT), ente de la ONU con sede en Madrid, creada en 1975. Conviene a todo aquel que se dedica a la investigación y a la enseñanza del turismo ser miembro de la AIEST habida cuenta de que encuentran en ella información y ayuda de utilidad para su labor. Ninguno de sus miembros es crítico con la doctrina convencional del turismo.

Otro tanto puede decirse de la OMT, entre cuyas ocupaciones se encuentra la publicación de textos acordes con la doctrina convencional, así como el nombramiento de

expertos encargados de aconsejar en el tratamiento de cuestiones relacionadas con la organización del turismo en los estados miembros. El autor de este ensayo, por ejemplo, fue propuesto por un funcionario de la OMT, el ingeniero industrial chileno Eugenio Yuni, como asesor de uno de sus estados miembro, pero cuando conoció su trabajo de 1988, lo despropuso de forma fulminante y sin comunicárselo. El autor supo ipso facto que ello se debió a un rechazo de su artículo. La OMT es uno de los bastiones más poderosos con los que cuenta la comunidad de expertos hegemónica (no hay otra). Se comporta como defensora a ultranza del dogma imperante. A pesar de que su función es la de un lobby no tiene reparo en comportarse como expositor ex cátedra de la doctrina convencional.

La crítica al paradigma convencional del turismo no está permitida por las instituciones que se irrogan la función de defenderlo y promoverlo. Generan la proliferación de fieles. Obstaculizan y combaten la aparición de críticos. No puede haber la menor duda que, al hacerlo así, se oponen al progreso y mejora del conocimiento. Fomentan la fe; evitan la curiosidad y la duda. En definitiva, obstruyen el avance del conocimiento científico. El autor del presente ensayo reconoce no haber sabido encontrar la forma de exponer su pensamiento sin ofender a los miembros de la auto llamada comunidad de expertos científicos en turismo. Las reacciones habituales consisten en hacer caso omiso de sus propuestas. Solo el evaluador ciego de la revista anónima citada ha emitido su opinión sobre el autor y sobre su pensamiento. Es de agradecer. Pero lo sería aún más si su opinión hubiera sido expuesta públicamente, con nombre y apellidos.

Quisiera ir terminando con estas casi conclusiones recordando que reconocer como reconocen los expertos en turismo al uso que el turista es un consumidor equivale a admitir que lo que consume se produce. Pero ¿qué es lo que se produce? Una pregunta que los expertos no saben responder porque el turista, como todos los consumidores consumen una infinidad de productos, lo que, obviamente, le hecho de que el turista sea un consumidor no lo distingue de quienes no son turistas.

Vaya esto por delante. Pero sigamos. Una superficial mirada al mundo de los productos nos basta para darnos cuenta de que todos ellos empezaron por ser producidos por los propios consumidores pero que, progresivamente, pasaron a ser producidos por

empresas cada vez más especializadas. Un proceso que avanza hasta extremos en los que los productores se afanan en ofrecer a los consumidores productos tan acabados que son aptos para ser consumidos de inmediato sin necesidad de procesarlos.

Si unimos la segunda evidencia a la primera podremos convencernos de la tercera: de que en el turismo puede y debería admitirse que lo que caracteriza al turista es que consume (ejecuta) un programa de visita que se prepara él mismo o lo prepara un tercero. Y, que, por consiguiente, tal evidencia nos lleva a postular que el producto objetivamente turístico es el programa de visita, quedando por tanto resuelto el grave problema de la doctrina convencional, incapaz de identificar el producto específicamente consumido por el turista.

Digamos con Friedrich Dürrenmatt: “Tristes tiempos estos en los que hay que luchar por lo que es evidente”. O exclamemos con Bertolt Brecht: “¡Qué tiempos serán los que vivimos que hay que defender lo obvio!”.

Termino este memorial de agravio aludiendo a una canción grupo español Los Chunguitos. Hicieron célebre en los años ochenta del siglo pasado la canción “Si me dan a elegir...”. La letra reza así:

Si me dan a elegir/entre tú y mis ideas/ que yo sin ellas/soy un hombre perdido/ay amor, me quedo contigo.

El autor confiesa que, como Los Chunguitos, cuando tiene que elegir entre sus amigos y sus ideas prefiere quedarse con sus ideas. Su amor por el conocimiento científico es más fuerte que las exigencias de la amistad. ¿Deformación de su ya larga dedicación a la investigación científica?

CODA

Y, para cerrar esta reflexión, permítaseme la vanidad de esta auto cita:

“Me adelanto a la posibilidad de que algún lector pueda sospechar que soy una pobre víctima del llamado síndrome de Copérnico, el que sufren los que se creen en posesión de una verdad que todo el mundo rechaza (en este caso los seguidores del

paradigma cimentado por Hunziker y Krapf), verdad que podría modificar radicalmente el futuro de la humanidad (en este caso, el paradigma convencional). Si se diera el caso de que algún lector sospechara que yo sufro tal padecimiento debo aclararles que no, que no me creo en posesión de ninguna verdad capaz de modificar el citado paradigma. Tan sólo aspiro a que mis pares consigan percatarse, cuanto antes mejor, de las graves anomalías científicas y hasta de las abultadas incongruencias lógicas que lastran la literatura que se hace del turismo en todos los países del mundo desde hace al menos un siglo, una literatura por cuyo sistema arterial, todavía básicamente hunziker-krapfiano, circula una sangre plagada de elementos extraños a la ciencia, que son los que están obstaculizando que se logre su urgente y necesaria científicación” (Francisco Muñoz de Escalona, 2010).

Bibliografía

- Figuerola Palomo, M. (1985) *Teoría económica del turismo*. Alianza Universidad. Madrid.
- Hunziker, W. y Krapf K. (1942) *Gründriss der Allgemeine Fremdenverkehrslehre*. Poligrasphischer Verlag. Zurich.
- Kuhn, Thomas S. (1962) *Estructura de las revoluciones científicas*. FCE. México.
- Marx, C. (1847) *Miseria de la filosofía*. Edición de José Aricó. Siglo XXI editores. México, 1981.
- Merton, R. K. (1970). *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII* Alianza, Madrid.
- Merton, R. K. (2010). [1949] *Teoría y estructuras sociales*. FCE México D.F.
- Muñoz de Escalona, F. (1988). *Economía de la producción turística. Hacia un enfoque alternativo* Información Comercial Española. Ministerio de Comercio. N° 663 nov. (117-131). También en *Estudios Turísticos*, n° 101.
- Muñoz de Escalona, F. (1992) *Crítica de la economía turística. Enfoque de oferta versus enfoque de demanda* Universidad Complutense de Madrid. Colección Tesis Doctorales n° 104/92.
- Muñoz de Escalona, F. (2010) *Crítica de la obra que cimentó el paradigma convencional del turismo* en <http://www.eumed.net/rev/turydes/07/fme4.htm>.

Muñoz de Escalona, F..2011 *Removiendo las estancadas aguas del turismo*.
<http://www.eumed.net/libros-gratis/2011e/1094/servicio.html>.

Popper, K. R. (1961) *La miseria del historicismo*. Alianza Editorial. Madrid, 2014

Rostand, J. (1961) *Ciencia falsa y pseudociencias* Tecnos. Madrid.

Sagan, C. (1997) *El mundo y sus demonios: la ciencia como una luz en la oscuridad* Planeta, Barcelona.

Sánchez Pedreño, A y Monfort V. M. (1996) *Introducción a la economía del turismo en España*. Editorial Civitas. Madrid.

Cronologia do Processo Editorial

Recebido em: 13. ago. 2019

Aprovação Final: 02. set. 2019

Referência (NBR 6023/2002)

MUÑOZ DE ESCALONA, Francisco. El turismo desde la sociología de la ciencia. **Turismo: Estudos & Práticas (RTEP/UERN)**, Mossoró/RN, vol. 8, n. 2, p. 11-40, jul./dez. 2019.